

La cuadratura del círculo

debate

DIANA MARCELA ROJAS

En este manifiesto se pone de presente la paradoja que subyace a la concepción que sustenta toda la política exterior norteamericana. Esto es, la afirmación de la nación americana; pero una afirmación que se hace en términos de proyecto universalizadory, portanto, con la aspiración de constituirse en el modelo social, político y económico de la humanidad entera. Varios apartes del texto nos revelan este fundamento de la identidad política estadounidense, la cual no hace más que afirmarse en la manera como los intelectuales justifican la actual guerra contra el terrorismo.

Estados Unidos no ha hecho ni hará nunca la guerra argumentando únicamente la defensa de su interés nacional particular: "Peleamos para defendernos a nosotros mismos y para defender estos principios universales". Es aquí en donde su particularidad de aspiraciones universales nos sorprende. Los valores norteamericanos son valores universales, sostienen los intelectuales. En la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos luchó no sólo, y no tanto por la defensa de sus fronteras, de sus ciudadanos o de su modelo económico y social, sino en contra del eje (del mal); en contra del fascismo, en tanto representaba la amenaza a los valores supremos, nuevamente, de la humanidad. En la Guerra Fría se volvió a repetir el esque-

ma, así el escenario del conflicto variara de Corea a Vietnam o Centroamérica. Estados Unidos, al defenderse a sí mismo, está defendiendo a la humanidad en conjunto; a lo mejor que existe de ella y que Norteamérica representa. Más de dos siglos de historia no han modificado en un ápice el mito fundador de la nación norteamericana: la idea de crear el paraíso en la tierra que redima a la humanidad de sus pecados y vicios, el pueblo escogido por Dios para señalar el camino a los demás.

Sorprende, entonces, cómo de manera tan clara vuelve a aparecer en esta nueva guerra ese fundamento metafísico sobre el cual se asienta la nación de Washington y Lincoln. Para Estados Unidos es impensable, inimaginable, inaceptable, emprender una guerra que no sea en nombre del BIEN, de la VERDAD, que por serlo es universal. Su Estado, su historia, su identidad política, en pocas palabras, el *american way of life*, está sustentado en la convicción de actuar en aras de los valores supremos o, por lo menos, de aspirar a ello, así se haya errado el camino por momentos, como se reconoce en el manifiesto: una vida piadosa y entregada a la causa suprema de salvar a la humanidad.

No extraña, por consiguiente, la perplejidad con la que se preguntan los firmantes del manifiesto, ¿por qué fuimos

Profesora del
Instituto de
Estudios
Políticos y
Relaciones
Internacionales,
IEPRI,
Universidad
Nacional de
Colombia.

el blanco de los ataques el 11 de septiembre?, ¿por qué nos quieren destruir?, ¿por qué nos odian? Pero la respuesta nos deja igualmente perplejos por su simplicidad pero también por la absoluta coherencia que guarda con sus principios fundadores y sus creencias: "No nos atacan por lo que hacemos sino por lo que somos", y lo que somos es incuestionable por estar sustentado en las verdades morales universales; nos sorprende que nos odien porque nosotros sólo buscamos el bien de la humanidad, realizar el paraíso en la tierra e irradiarlo sobre todos los pueblos. Nos odian por ser buenos, y al odiarnos por esa razón (y no por las otras que aunque en el primer párrafo del manifiesto se reconozcan, no se aceptan), nuestros enemigos no pueden ser más que malos, inhumanos, inmorales, independientemente de las razones que invoquen, ya sean religiosas, morales o políticas. Todo enemigo de Estados Unidos está condenado por serlo y no en realidad por sus motivaciones. En este caso, el otro no puede tener ningún reconocimiento, ningún valor; el otro, el enemigo, es la negación; aquí no hay lugar a términos medios, ni a la tolerancia ni mucho menos al relativismo. Las guerras de Estados Unidos son guerras absolutas, guerras que sólo se pueden ganar porque no es posible transar con los valores verdaderos, porque el mal debe vencerse. Por ello no es necesario el aval de los otros, el consenso o el acuerdo con los países aliados en sus guerras, una guerra santa no requiere aliados sino seguidores, actitud que los norteamericanos ven como perfectamente natural y que los europeos resienten con amargura.

Allí encontramos la paradoja fundamental que subyace a toda la política moderna: la pretensión de hacer compatible esta aspiración universalista con aquellos valores sustanciales a la democracia: el de la diversidad de creencias y de perspectivas de mundo, el del reconocimiento de la particularidad, de la individualidad, la libertad y la contin-

gencia propios de la vida humana. Estados Unidos es tal vez quien mejor encarna la tragedia (en el sentido griego de ser consciente del destino y no poderlo evitar) que caracteriza la experiencia histórica en la vida social y política de la modernidad equivalente a la cuadratura del círculo: ¿Cómo hacer compatible la tolerancia a diversos credos y formas de pensamiento y de vida, con la aspiración a establecer una verdad, con la idea de lo universal? ¿Cómo lograr un mundo en el que la particularidad y la universalidad, la diferencia y la identidad, sean finalmente compatibles? Una aspiración que los intelectuales norteamericanos declaran abiertamente: "Estados Unidos busca ser una sociedad en la cual fe y libertad puedan ir juntas"; afirmación que expresa, con inocente optimismo, lo que en realidad es un drama: el drama de una época, la moderna, que renunció a Dios pero que siguió viviendo y pensándose como si aún él existiera, el drama de una sociedad secularizada que no alcanza a aceptar las consecuencias radicales de su secularización.

Estados Unidos no logra resolver esa contradicción, como de hecho nuestra época no ha podido y tal vez no podrá hacerlo. Algo que infelizmente no hemos comprendido suficientemente es que la sociedad norteamericana no puede renunciar a estas pretensiones de universalidad sin dejar de ser lo que es, sin perder el fundamento de su identidad como nación y su lugar en la historia.

Finalmente, una guerra que sigue invocando a Dios, ya sea bajo la forma de valores morales universales o de los profetas musulmanes o judíos, no puede ser más que una guerra santa, y por tanto, "justa". Allí se encuentra la equivocación central de este manifiesto: la de suponer que pueden existir guerras seculares "justas". La guerra contra el terrorismo proclamada por Estados Unidos a raíz de los ataques del 11 de septiembre no puede ser otra cosa que una guerra santa, no muy distinta en sus fundamentos de la "yihad" islámica.